

# Té de Melisa

ANDREA IRUELA DOMENECH

ILUSTRACIONES DE  
DAVID GUIRAO



*Esta obra ha sido ganadora del  
XL Concurso de Narrativa Infantil Vila d'Ibi,  
convocado por el Ayuntamiento de Ibi en colaboración con Anaya  
y cuyo jurado, presidido por Rafael Serralta (Alcalde de Ibi),  
estuvo formado por Isabel Pérez Molina,  
José Luis Ferris, Pablo Cruz y Ramón Llorens.*



**Ajuntament d'Ibi**

© Del texto: Andrea Iruela Domenech, 2023  
© De las ilustraciones: David Guirao, 2023  
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023  
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1.ª edición, abril 2023

ISBN: 978-84-143-3458-4  
Depósito legal: M-7113-2023

Impreso en España - Printed in Spain



*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# Té de Melisa

ANDREA IRUELA DOMENECH

ILUSTRACIONES DE  
DAVID GUIRAO



ANAYA

# 1. LA NIÑA 9457

Los Gómez siempre habían creído que serían unos magníficos padres. No, no solo magníficos, sino los mejores. Vivían en uno de los edificios más prestigiosos de la ciudad, en un apartamento con vistas al río y con portero que les abría la puerta al entrar y al salir. Tenían tres baños, cinco habitaciones y un sofá blanco a prueba de manchas de chocolate y rotulador. Habían invertido grandes cantidades de dinero en libros educativos, productos para bebés y mobiliario infantil. Incluso habían pagado por adelantado varios años de clases de inglés, violín y baloncesto.

Podría decirse que los Gómez eran unos padres muy preparados. Anticipar y

planificar se les daba bien. Iban a tener el niño más listo, guapo y simpático de todo el barrio, de eso no tenían la menor duda.

Así que cuando los llamaron una mañana de agosto para que se presentaran en el centro de protección de menores, creyeron que, por fin, todos sus sueños e ilusiones iban a hacerse realidad. Con el corazón en un puño, esperaron en el vestíbulo del edificio hasta que una señora vestida de gris apareció con una niña de la mano, a la que le había sido asignado el elegante número 9457.

Los Gómez observaron a su hija detenidamente y parecieron satisfechos. No tenía los ojos azules que esperaban, ni los cabellos dorados, pero era bonita y parecía tranquila. Era suficiente.

La sentaron con cuidado en la sillita del coche y cuando iban a abrocharle el cinturón de seguridad, se dieron cuenta de algo que no les gustó para nada. A la niña 9457 le faltaban dos dedos. Y no dos dedos cualesquiera, sino los pulgares de las manos.



Los Gómez subieron al coche con total decepción. ¿Qué debían hacer ahora? ¿Podían devolverla? ¿O aquello sería ofensivo? Si la devolvían, ¿cuánto tiempo tardarían en darles una niña nueva?

—Creo que nos las apañaremos bien. De todas formas, son solo dos dedos.

—Sí, tienes razón. Son solo dos dedos.

Pero las dudas volvieron a aparecer conforme avanzaba el trayecto y la idea inicial de aceptar la situación no fue tan fácil como esperaban.

—¿Qué haremos con las clases de baloncesto? ¿Crees que podrá jugar?

—Imposible. El dedo pulgar es imprescindible en el baloncesto.

—Tendremos que cancelar los entrenamientos, pues.

—¿Y qué hay de las clases de violín?

—¡Oh, el violín! ¡Con la ilusión que nos hacía!

—¡Qué desastre! ¡Todo ese dinero a la basura!

—Será una niña solitaria, porque no podrá hacer amigos, y también será una

inculta, porque no aprenderá a tocar el violín.

—¿Y qué haremos en invierno? ¿Dónde encontraremos un par de guantes de ocho dedos? ¡Es ridículo! Y nosotros no sabemos tejer.

La niña 9457 debió de notar que sus nuevos padres no estaban muy conformes con ella, así que se echó a llorar. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Los Gómez no podían soportar tener una niña llorona. Su hija debía ser educada, y llorar de aquella manera en un coche era irrespetuoso y de muy mal gusto. Era una decepción horrible. ¿Cómo aguantarían aquello?

Se dieron cuenta de que adoptar a la niña 9457 había sido un terrible error. Llevarla a casa significaría un quebradero de cabeza, su vida de ensueño se desmoronaría. Los Gómez no podían permitir aquello. Tampoco podían devolverla al centro, no les darían ninguna otra niña. Sin embargo, ¿no les habían engañado? ¿No eran ellos unas pobres

víctimas? Una niña tenía sus diez dedos en las manos, y sus otros diez dedos en los pies. Así debía ser.

Los Gómez, que siempre habían creído que serían unos padres magníficos, en realidad no lo fueron. Ni siquiera aguantaron media hora de trayecto con su hija. Muy ofendidos, casi enfadados con la niña 9457, desviaron el coche por un camino de tierra que separaba la gran ciudad del campo. Estaban seguros de que allí encontrarían unos nuevos padres para su hija, porque en el campo nadie sabía tocar el violín ni jugar al baloncesto, pero indudablemente sabrían tejerle un par de guantes para el invierno.

Puede que fuera el destino, el atractivo de un jardín bien cuidado o pura coincidencia, lo que hizo que los Gómez terminaran parando aquella mañana junto a Los Robles 15. Fuera como fuera, y aunque ellos no lo supiesen jamás, aquella fue la mejor decisión que pudieron haber tomado para la niña 9457.

La dejaron junto a una maceta de melisa, bajo el buzón. Suspiraron una vez más, no por abandonar a la niña, sino por la que creían su propia desgracia, y se marcharon tan rápido que cualquiera habría dicho que huían de un grave peligro.

La niña 9457, que no era rencorosa, se sentó junto a la maceta y se dedicó a mordisquear las hojas de las plantas hasta que alguien notara su presencia. Esto no sucedió hasta cerca de las dos de la tarde, cuando el señor Capibara salió al jardín delantero a buscar un poco de melisa para su infusión de después de comer.

El señor Capibara no era alguien a quien se pudiera sorprender fácilmente. Era uno de los mayores roedores del planeta. Sabía hablar español, francés, inglés, coreano y guajiro, y había estudiado leyes en Corea del Sur, graduándose con honores. Solo vestía trajes hechos a medida, camisas de seda y zapatos de charol. Había viajado por todo el mundo durante su

juventud y había visto prácticamente todo en sus seis años de vida. Podía, incluso, recitar el abecedario del revés.

Así que cuando vio a la niña 9457 junto a su maceta de melisa, no se sorprendió demasiado. Miró a un lado, después al otro, dio un par de pasos en dirección a la carretera, volvió al jardín, y determinó que aquella niña estaba sola.

El señor Capibara no se fijó en los dedos de las manos, pero supo al instante que era una niña por la forma en que lo miraba.



—¿Cómo has llegado aquí? —le preguntó—. ¿Dónde están tus padres?

La niña no contestó ni a estas ni a ninguna otra pregunta. Parecía estar muy disgustada. Como el señor Capibara era un roedor de corazón puro, no pensó que los padres de la niña pudiesen haberla abandonado. Debían de haberla perdido. ¡Pobres padres, estarían desesperados! Decidió dejar a la niña 9457 en el salón,



sentada en el sofá, y él pasó toda la tarde llamando por teléfono. Si era insistente, las autoridades le ayudarían a encontrar a los padres.

—¿Una niña, dice? —preguntó uno de los agentes al señor Capibara.

—Sí, sí. Una niña.

—¿Junto a una maceta de melisa?

—Sí, sí. Junto a una maceta de melisa.

—¿Y cómo ha llegado allí?

—Bueno, esperaba que usted me ayudara a averiguarlo.

Aquel era el cuarto agente estatal con el que el señor Capibara hablaba y empezaba a sospechar que no le tomaban en serio.

—Es una niña con los ojos marrones y el pelo muy liso. Creo que está algo asustada y desorientada.

—¿Llora mucho?

—No, no llora. Es una niña muy tranquila.

—Mire usted qué bien. Ahora mismo estamos un poco ocupados, señor Capibara. El alcalde va a inaugurar el nuevo estadio de la ciudad.

—¡Pero los padres de esta niña deben estar terriblemente preocupados!

—No, por supuesto que no, señor Capibara. ¿Acaso no conoce usted la historia de Peter Pan? Los bebés caen de los carritos en los parques y se pierden, ocurre a todas horas.

—¡Pero *Peter Pan* es ficción! Y esta niña no es un bebé. Claramente no se ha caído de ningún...

—Veo que está usted algo nervioso, señor Capibara. Creo que lo mejor es que llame en otro momento, cuando esté más calmado.

El señor Capibara habría querido contestar que sí estaba nervioso, porque no dejaba de pensar en la preocupación de los padres de aquella niña, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Le colgaron el teléfono sin miramientos.

Algo abatido y bastante cansado, se sentó en su sillón, cruzó las patas delanteras sobre su voluminosa barriga, y observó detenidamente a la niña. En verdad era muy sosegada. Había pasado

cerca de tres horas en el sofá y ni siquiera había hecho un amago de rabieta. Pero eso podía cambiar en cualquier momento, porque la niña podría tener hambre, empezar a llorar o constiparse, y él no sabía qué hacer ante ninguna de esas situaciones. Al señor Capibara se le cruzaron por la mente decenas de escenarios catastróficos para los que no estaba preparado, porque él sabía mucho de leyes, pero no de niños abandonados en macetas.

Con el corazón desbocado por la preocupación, el señor Capibara se acercó a la niña y preguntó:

—¿No recuerdas ningún número de teléfono? ¿El nombre de algún adulto con el que pueda hablar? ¿Tu nombre?

La niña 9457, que hasta entonces había preferido mantenerse en silencio, se encogió de hombros.

—Aún no tengo nombre. Los Gómez dijeron que necesitaba quedarme con alguien que supiese tejer guantes de ocho dedos.

—¡Qué barbaridad! ¡Jamás había escuchado algo tan disparatado! —contestó el roedor con enfado.

Entonces el señor Capibara se dio cuenta de que aquella niña necesitaba un nombre, al menos hasta que sus padres llegasen. Y como la había encontrado junto a su maceta de melisa, decidió llamarla así.



An illustration featuring a blue duck wearing a yellow and blue striped shirt and a yellow bow tie, sitting and reading a red book. To the right, a brown, furry creature with large hands holds a long white scroll that contains text. The scroll is held up by a clothesline with various items hanging from it, including a pair of blue and white checkered socks and a green sock. The background is a warm orange color with some green leaves on the right side.

Los Gómez abandonan a la huérfana  
que han adoptado al comprobar que  
le faltan los dedos pulgares.  
La dejarán al lado de una maceta  
de melisa, donde la encontrará  
el señor Capibara. El roedor tendrá  
que ejercer de padre, a la vez que  
intenta que su vecino no acabe  
con los traviesos duendes  
martinicos.



Ajuntament d'Ibi

XL CONCURSO  
DE NARRATIVA INFANTIL  
VILA D'IBI, 2022

ANAYA

[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)

1525308

ISBN 978-84-143-3458-4



9 788414 334584